

Publicación Mensual de Crítica Social

MAYO
1921
Año II—Núm. 20

BANDERA ROJA

DIARIO DE LA MAÑANA

Año I — PORTE PAGO — Buenos Aires, Martes 6 de Mayo de 1919 — Precio 0.05

LA LEY

DE ACTUALIDAD

HERMENEGILDO ROSALES

Director responsable del Diario BANDERA ROJA, primer órgano defensor de la Revolución Rusa en la América del Sud

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Direcciòn y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año II.	Buenos Aires, Mayo de 1921	Núm. 20

MUSSOLINO

El fenómeno de la transmigración no sólo se opera entre las colectividades de una unidad étnica, sino también entre los de espíritus. inquietos o retardados; y ésta transmigración no se produce propiamente dicho con los pies y con las manos, ni de un continente a otro continente, de un clima a otro clima; ésta transmigración se realiza ascencionalmente por poéticas reflexiones, íntimas o descensionalmente por cálculos malabarísticos; y el sujeto se transporta, con el pensamiento, de una altura ideológica a otra altura ideológica superior o inferior, o con el estómago, de un pesebre a otro pesebre, o con las palpitaciones de los órganos excrementales, de un asentadero a otro asentadero que le proporciona, en este último caso, una más cómoda evacuación intestinal.

Ha habido épocas que estas clases de transmigraciones se hacían colectivamente a la manera de la transmigración de pueblos, después las venganzas de los dioses, enseñaron a los pueblos a mantenerse fuertes en sus tradiciones y costumbres, y se abandonó el *repentismo* para proceder por *evolución* a la transmigración de los espíritus. El resultado de esta táctica ha sido saludable para los pueblos que la han adoptado, y ello se ha comprobado con el estado miserando de los pueblos estancados, ejemplo: China, el Oriente, etc.

Los individuos no han tenido tiempo de ir evolucionando, y sólo se han dejado *civilizar* por generaciones, pero como dentro de toda regla existe siempre la excepción, por tal excepción ha habido los casos de *repentismo* o lo que llamamos transmigración espiritual o mental, cuyas causas ora las atribuímos a procesos sentimentales,,,, ora a mentales, unos por perturbaciones nerviosas que se producen por empuje sensitivos de atracción espontáneo, y otras por relajamiento, nervioso también, debido a hechos externos contrarios a la naturaleza individual, lo que en lenguaje vulgar se traduce, en miedo, temor o cerdura conveniencia.

En los casos de transmigración ascensional, el fenómeno se produce en forma noble. Se pasa de un estado de ánimo a otro estado de ánimo por intrínseca convicción: se desechan creencias anteriores por convencimientos adquiridos por la cotidiana experiencia, por la reflexión racional de los motivos vitales, y por conceptos de construcción mental indestructibles.

La fuerza de tales transmigraciones es durable, de difícil desgaste, y la labor del sujeto es de sólidos cimientos constructivos.

A veces estos fenómenos se producen simplemente por atracción de cómoda superhombría, y ello perjudica la resistencia del laborante y lo rinde, ante la cruenta lucha de la realidad con la ficción de su transmigración. Este vencido es repudiado y vuelve a su primitivo estado mohino y huraño, y se pierde en el inmenso fárrago de los neutros.

Cuando el caso ocurre en el sentido de descenso, calculado y taimadamente, el peligro acecha a los transmigrados y la traición asoma como el Dromedario de las siete cabezas de la leyenda alada.

Mussolino: He ahí un tipo único de transmigrado descensional, que con una cínica pirueta de nalgas trashumantes, ha posado impúdicamente sus sentaderas sobre el lodo de todos los deshechos bestiales del animal-hombre, eruptando a la cara de sus cofrades de ayer todo el hedor de su zafia emponzoñada con el pútrido condimento de sus menús preparados por la vieja bruja que alimenta y conserva el fétido cuerpo y la embrollada cabeza sibilina del viejo y decrépito Mercurio.

El socialismo, media alma y media conciencia, ha permitido el erupto virulento del inmoral Mussolino, sin hecerle tragar su moho, sin hundirlo en el charco de lodo, ahogándolo en su propio excremento.

Y él con su mesnade se enseñorea del pueblo de Italia, mientras que los *ases* de ese socialismo corruptor discuten aún sobre la utilidad o la inutilidad de una Revolución Social.

Nuevos Mussolinos saldrán de sus filas a engrosar *i fasci*, y también las colectividades repetirán el gesto de las antiguas transmigraciones, hasta que nuevos Dioses de Olimpos desconocidos ejercerán sus terribles venganzas sobre los pueblos, enseñándoles, de este modo, que sólo ellos son los llamados a la suprema magistratura del mundo nuevo, y que sólo su gesto hará tabla rasa con todos los traidores de la tierra.



Cuento de 1.º de Mayo

UN JURAMENTO

Un pálido sol autumnal bañaba los rostros sonrosados de la gran masa obrera que íbase aglomerando tumultuosamente en la ancha plaza de la urbe.

Las banderas, de cara al sol, obstentaban sobre sus lienzos rojos, los pensamientos más rotundos de la época. Esos pensamientos mudos iban posándose en los cerebros calenturientos de los aglomerados, y se exteriorizaban bruscamente con aullidos de protestas que decían de reivindicaciones, de conquistas, de libertades, de vida...

Más lejos de allí, otro conglomerado humano husmeaba en la sombra de sus cacúmenes simiescos, proyectos de exterminio y de muerte... Había en sus semblantes fofos, muestras de idiotismos atávicos, estigmas de delincuencias, rasgos felinescos, que contrastaban fuertemente con los rostros serenos de los obreros. Eran polizontes, mandados allí para cuidar el buen orden de la masa tumultuosa.

Era un primero de Mayo americano. Día de esperanzas y de desilusiones, de vida y de muerte. Día proletario.

Debía marchar esa masa cerrando columna, con las banderas desplegadas, tremolantes al viento, en son de protesta, por las calles céntricas, como demostración de fuerza y como una amenaza para el gran mundo indiferente y encanallado. En el momento de la marcha, el conglomerado policial se dispersa, yendo a perderse en el arremolinamiento de la manifestación, que íbase organizando vertiginosamente.

Un grupo de obreros se acerca a los manifestantes con paso acelerado; lleva en su centro una roja bandera relumbrando en el espacio. Formaban alrededor del símbolo unos cuantos jóvenes eslavos, de cabellera luenga y dorada, de rostros pálidos y de ojos soñadores. Cantaban... Eran cantos que hacían recordar las heladas estepas. Eran nostalgias de la tierra nativa. Eran elegías de odios y de amores. Eran voces de almas extrañas. Eran rugidos de cóleras, de amenazas, de luchas.

El grupo se acerca más... Unos cuantos sabuesos osan detener su paso. La juventud eslava avanza cantando. Un personaje simiesco del conglomerado disperso momentos ha, saca a relucir un flamante revólver. Se oye un detonación... y otra... y otra...

Fué la señal de un combate desigual: En un cerrar de ojos rodea a los manifestantes, un numeroso grupo de «cosacos» y los envuelve en un fuego graneado y exterminador.

El círculo de eslavos se defiende, estrechando el símbolo. El portador de la bandera la oprime contra su pecho, empuñando un arma.

Se defiende valerosamente. De súbito el lomo «cosaco» traspasa el pecho rebosante del abanderado y cae exánime sobre el pavimento asfaltado de la calle; cae envuelto en su trapo rojo, confundiéndose con el rojo de la sangre del caído.

Simón, un joven imberbe abraza el cuerpo del amigo, llamándole a gritos y besando sus mejillas cadavéricas.

Una cinta de sangre adorna el rostro del muerto y moja los labios de Simón. Al gustar del sabor de la sangre, Simón se levanta y en señal de desafío avanza sobre el enemigo descargando su arma. No se detiene, sigue avanzando y gustando de la sangre del hermano que fué.

Lejos ya del campo de la masacre, se detiene. Cruza los brazos sobre su pecho y mirando con sus ojos soñadores la inmensidad del espacio, presta un juramento solemne:

Hermano: ¡Tú serás vengado! ¡Por tu sangre! ¡Tú serás vengado!

Y sigue su marcha, encaminándose lento, seguro, firme hacia el sacrificio, en holocausto del hermano caído envuelto en la roja bandera de todas las reivindicaciones...

Santiago Locascio.

(De «La Protesta), 1.° de Mayo de 1910.

LA CIENCIA BURGUESA

MALTHUS Y LOS POBRES

Los prototipos de la ciencia burguesa no sienten la más mínima consideración por las enormes masas de desheredados. Sus elogios pertenecen a los ricos. Su talento no tiene otra misión que la rebuscada de conceptos científicos con que dar baniz de legalidad a la inicua usurpación burguesa.

Entre otros, Malthus, el célebre autor de «Ensayos sobre la población», es de los economistas y escritores que mejor han servido a los fines de las castas dominadoras. Declarando enfáticamente que en el banquete de la vida no había cubiertos sino para un número limitado de sêres, justificó la situación de privilegio en que están colocados los usurpadores, al par que declaraba anti-naturales las reivindicaciones de las masas explotadas. Por el solo hecho de ser ricos, Malthus, los consideraba naturales designados para el disfrute de todos los goces, en tanto que a los pobres les negaba hasta el derecho de procrear. Sus doctrinas gozan entre los privilegiados de tanto favor como los enunciados naturalistas de Darwin y el evolucionismo de Spencer. Esto sólo basta para comprender cuanto les favorecen las afirmaciones malthusianas.

Analizando sus doctrinas lo primero que salta a la vista es el empirismo total de su autor acerca de la capacidad productiva de la tierra, mediante el esfuerzo combinado del trabajo y de la técnica. Malthus, como otros fundadores de doctrinas, cayó en el error de tomar un momento dado del progreso social como expresión perenne del desarrollo humano. Ignoró, o fingió ignorar, que el progreso modifica día a día la estructura civil, moral y económca de los pueblos. No tuvo siquiera la visión de posibles cambios regimentales. Pudo creer que el derecho de propiedad perduraría a través de los siglos. Marx se iniciaba en el estudio de los fenómenos sociales, cuando el pontífice burgués rendía tributo a la suprema ley de renovación. La fórmula comunista llamada a destruir los postulados del malthusianismo, le fué desconocida. La tierra de todos y por todos trabajada, es una concepción destructora de privilegios.

Malthus resultó una víctima de las estadísticas. Las tomó al pie de la letra, sin sospechar que ellas no tienen sino una apariencia de veracidad.

Las estadísticas sobre la población pueden aproximarse a la verdad. Las que se refieren a la producción, mienten. Ellas señalan lo producido según la voluntad y los intereses de las clases monopolizadoras. La capacidad productiva de la tierra y de los hombres escapa a los guarismos estadísticos.

Así basadas en esa documentación, es fácil comprender la falsedad de las conclusiones de Malthus. Nada vale que sus deduciones sean rigurosamente científicas, si la premisa de que arrancan es falsa. Esa falsa premisa es la de creer que las estadísticas arrojan las cifras máximas de la productividad humana y natural.

Lo cierto es que la producción está supeditada a las conveniencias de quienes tienen el poder de regular y de fijar los límites consumativos de las poblaciones. La demanda no es tampoco un denunciador fiel de las necesidades. Si los pueblos pudieran consumir de acuerdo con sus verdaderas necesidades, la miseria no existiría. Toda restricción impuesta a la capacidad consumativa falsea la verdad de la demanda. La demanda condiciónada por motivos de violencia social, no puede servir para los cálculos básicos de una doctrina económica.

Calumnió Malthus a la tierra al tildarla de avara. La tierra es pródiga. En su banquete nadie es rechazado. Sólo la avaricia de una clase social puede crear restricciones. Y este bajo resentimiento, que en el caso se traduce en miseria y despojo, es el patrimonio moral de la clase burguesa, que pregona la tesis malthusiana como un evangelio para uso de los pobres, sus víctimas.

La capacidad productiva de la tierra es ilimitada. El acrecentamiento de la natalidad no pone en peligro el banquete de la vida. En una sociedad bien organizada los temores de Malthus resultarán pueriles. En cambio tendrán valor profético las palabras que Zola puso en los labios de sus magníficos Froment: «Cada hijo es una riqueza más para la tierra».

Los argumentos cardinales del famoso economista inglés, la superpoblación y el agotamiento progresivo de la productividad de la tierra, carecen de valor. Son anti-científicos. Se refutan solos. En relación a los métodos de trabajo racional señalados por la técnica, la agricultura en nuestros días no pasa de ser rudimentaria y la

industrialización dista infinito de haber alcanzado la plenitud de su desarrollo.

En lo concerniente a la superpoblación, corresponde no olvidar que la miseria, con su privación permanente de placeres superiores, se convierte en una continua incitación al sensualismo. Nadie ignora que las mujeres ricas paren menos que las pobres.

En ningún caso la superpoblación puede contarse como un peligro. La naturaleza es esclava guardiana de su propio equilibrio. No le faltan recursos naturales para mantenerlo. Por otra parte, ¿quién puede fijar el número de seres que la tierra, inteligentemente trabajada, puede alimentar y albergar?

Los burgueses por conveniencias de clase privilegiada pueden prestar crédito a las doctrinas malthusianas. Para nosotros, adeptos a las doctrinas del socialismo integral, carecen de valor social y científico. La instauración del régimen comunista demostrará prácticamente que cuando un pueblo trabaja libremente no tiene porque temer la miseria. El trabajo, que hoy acumula riquezas inmensas para una minoría parasitaria, será capaz de crear el bienestar para todos cuando esa minoría no exista.

La tierra es fecunda, inagotable fuente de bienestar. La condena a la esterilidad el interés de una clase malvada.

Hay que destruir a ésta. Cuando el comunismo reemplace al régimen capitalístico, el pan estará asegurado para todos.

Recién entonces se podrá hablar con verdad del gran banquete de la vida.

Enrique García Thomas

Abril de 1921.



Renovaciòn de valores

Para VÍA LIBRE.

No es fácil encontrar en la historia un momento análogo al que atravesamos actualmente. Estamos en un período de transición; *entre algo que se fué y algo que vendrá.* Los valores sociales anteriores al año 1914 han muerto; y los mismos conservadores reconocen que sobre ese cadáver se están echando las últimas paladas de tierra.

¡Qué en paz descansen las teorías democráticas de la Revolución Francesa o del Imperio Bonapartista!

Pero si en la materia sólo hay transformación y no anulación en la ética ocurre exactamente igual.

Las teorías éticas, igual que los cuerpos físicos, están sometidas a las leyes de la morfología; y la muerte de una forma es el nacimiento de otra más perfecta. Esto es la ley; y la ley es cumplimiento eterno aunque haya violación temporal.

Así, pues, los valores sociales anteriores al momento actual, cumpliendo con la ley de la forma han muerto de muerte natural. Cumplieron su misión; llenaron una etapa de la evolución y desaparece su forma dejándonos la experiencia generadora de otra forma social más amplia, más justa más de acuerdo con la época en que vivimos.

La guerra alteró el equilibrio entre la producción y el consumo y a consecuencia de esto vino la catástrofe económica: el hambre con su cortejo, que en esta ocasión dejó chiquitas a las siete famosas Plagas de Egipto. Pero había quien esperaba que los mismos autores de la catástrofe espantados de su obra trataran de enmendarla y sentaran jurídicamente el reinado de la paz. Más ¡ay! a la aurora de esa esperanza respondió la noche de Versalles...

Pero frente a las tinieblas de Versalles irradian las llamas de Moscú, y Lenine es, para los falsarios de la política lo que fué Kutusoff para Bonaparte.

Buscar el origen del maximalismo es buscar el origen de la injusticia y ésta se pierde en el origen del hombre. Buscar el destino del maximalismo es ir a las abstraciones del porvenir y teorizar sobre... anarquía.

Busquemos, pues, el presente del maximalismo y sus relaciones filosóficas en cuanto a la gravitación económica sobre los hombres sin distinciones sociales.

El gobierno de los Soviets es el máximum de la democracia, y el mínimun del individualismo; es el resultante de la aplicación máxima del programa político de Marx y la aplicación mínima del principio comunista: Producir según las fuerzas y consumir se-

gún las necesidades. Como programa político es un ocaso, como principio comunista es una aurora.

Es el período de transición entre la muerte de la esclavitud y el nacimiento de la libertad.

Entre el gobierno burgués y el gobierno proletario hay algo más que un simple cambio de forma.

El más liberal, el más radical de los gobiernos burgueses tiende a la conservación estatal del estado; y la más tirana de las dictaduras proletarias tiende a la liberación de los hombres de la tutela del estado. Suponiendo que haya políticos de fe sincera, ellos quieren el gobierno para inyectarle su fe; los proletarios lo quieren para estrangularlo: y el gobierno de los Soviets lo quiere para eso para ser el estrangulador del gobierno. ¿El Soviet es la encarnación más pura de la libertad? ¡No! Es gobierno y como tal se apoya en la fuerza; pero en la hora actual es el vientre donde se gesta el futuro paso de la humanidad en su eterna marcha evolutiva hacia la quimérica perfección.

¿El Soviet es tirano? ¡No!

El reclama en la medida de sus fuerzas que los hombres trabajen produciendo, que los valores sociales sean positivos, intrínsecos, no valores creados o relativos. No quiere que la gran injusticia siga siendo señora del mundo, que la miseria, como espada de Dámocles, siga suspendida sobre la cabeza de los que nunca tuvieron nada o tuvieron mucho y lo perdieron.

Y si el Soviet tiende a la anulación del gobierno tiende, por ende, a la anulación de la fuerza. Hoy se apoya en ella pero es con el mismo fin que se apoya en el gobierno; es decir, para estrangularla. Si renunciara a la fuerza armada de que hoy dispone todos se lanzarían sobre él y lo anularían. El Soviet quiere como *fin* Paz y Armonía pero el único *medio*, hoy, para llegar a su fin es apoyarse en la fuerza.

Todos tenemos mucha estimación a nuestra integridad física, pero si un miembro de nuestro cuerpo está enfermo y ha de llevar la gangrena a todo el cuerpo iremos al cirujano para que lo ampute; es doloroso, pero es necesario. Todo advenimiento, toda revolución; es un parto doloroso de la evolución; y todos los partos son sangrientos y dolorosos.

El pensamiento gesta la acción y la acción cambia la forma: eso es progreso. Los retrógrados, los involutivos, los que se oponen a la acción no tienen derecho a quejarse si esta los arrolla y perecen. La acción no los busca, ella sigue su marcha ascendente pero si ellos le salen al encuentro, si se oponen, a la marcha, que sufran sus consecuencias.

Nunca el Sol, se detuvo por conveniencia de Josué ni se puede detener la evolución social por intereses creados.

Segundo Nachón.

Buenos Aires, Abril de 1921.

ESPARTACO

I

¡La Humanidad está enferma de miseria!...

El enemigo más encarnizado de la Felicidad humana es la Guerra; su amigo más fiel, el Trabajo sin explotadores.

Hace más de veinte siglos, en la región de Europa que conocemos con el nombre de península de Crimea, al calor benéfico de una paz inalterable y recibiendo perennemente el bendito rocío de una justicia social no superada, florecía el reino de Panticapea, famoso por sus riquezas crecientes, célebre por sus ejemplares costumbres, y más que célebre y famoso por su odio tradicional a las empresas guerreras, cualidad extrañísima, por cierto, fenomenal, casi fantástica, así en los tiempos de las Bárbaras Naciones como en los nuestros de las Naciones Bárbaras.

Sin embargo, aquel odio a Marte era natural y lógico en el pueblo de la Panticapea, compuesto de puros trabajadores, que nadie explotaba y a costa de cuyas vidas, nadie se enriquecía ni se dedicaba a la carrera de la holganza, hoy tan noble y distinguida. No; en aquel antiguo Reino, agrícola por excelencia, el derecho consuetudinario había establecido normas envidiables, según las cuales, la tierra, el agua, la luz del sol y el oxígeno de la atmósfera, eran de todos los habitantes de la Nación; el trabajo era obligatorio para mujeres y hombres; la mendicidad y la vagancia eran delitos graves; el culto del hogar era la única religión oficial, y la libertad de creencias era absoluta.

Ocupaba el trono de Panticapea un ilustre varón de la familia Espartácida, padre y no rey de los súbditos, cuando las Aguilas Romanas mancharon el horizonte con su antipática silueta y las bélicas trompas salmodiaron conquistas y anunciaron guerras, desde la lejanía.

En las proximidades de nuestro pacífico reino, acamparon las legiones de Roma y enviaron diez emisarios al Rey ilustre de luengas barbas blancas como su alma, como su alma tan blanca como la nieve; y dijeron los emisarios que Roma ofrecía su amistad a Panticapea.

Dos largas noches meditó el Monarca y sollozó en silencio...; sus vasallos eran gente de trabajo, fuertes como robles, sanos de cuerpo y de alma, de natural tranquilo y bondadoso, todo menos guerreros,

todo menos homicidas. ¿Qué podía hacer el Cordero ante el Lobo sanguinario...?

El Rey de Panticapea tendió a Roma la augusta mano apartando del corazón de su pueblo la simbólica jabalina que, en señal de guerra, los *feciales* acostumbraban lanzar al campo enemigo; mas no pudo evitar que la perfidia ponzoñosa de los invasores se clavara en su regio corazón.

II

La "Ley del más Fuerte" ha sido la única invariablemente aplicada por los Privilegiados; pero... ¿y la "Ley del Talión"?

Cierto día de los harto intranquilos que pasaba el pueblo desde que oyó los ecos de las sonoras trompas de guerra, llegóse hasta el Rey de Panticapea una delegación del ejército romano, armada de todas las armas y refulgente de orgullo y vanidad.

Recibida la delegación en Palacio, con la misma sencillez que se recibía a los campesinos de la comarca, tomó la palabra el jefe de los delegados, que jefe debía ser, a juzgar por las múltiples insignias que recubrían su cuerpo. Tomó la palabra, y con solemnidad fingida y tono campanudo, dignos de un engalonado mariscal de nuestros días, dijo al Monarca:

—Señor, venimos a expresaros que el Senado y el Pueblo Romanos están dispuestos a ratificar el pacto que este Reino celebró con las legiones, pero bajo la condición ineludible de que vuestros súbditos han de entregar a Roma dos millares de sus mejores mozos para engrosar las filas del cuerpo auxiliar tracio.

—No se pactó así la alianza — alegó el Rey, asombrado.

—Pero así la quiere Roma — contestó el *mariscal* o lo que fuera.

—Reparad — insistió el Rey, — en que mi pueblo ha vivido siempre en paz y sus hijos ignoran el arte de la guerra.

—Señor, lo manda Roma — volvió a decir el monigote.

—Entonces — exclamó el Monarca, — no es esto una alianza, sino tan sólo una servidumbre que vuestra Nación impone a Panticapea.

—Señor, plazo de un día tenéis para dar la respuesta. El Senado y el Pueblo Romano así lo exigen.

Dichas estas palabras, la delegación abandonó el Palacio, repartiendo desprecio a diestra y siniestra.

¡Oh, Humanidad; cómo se repiten los mismos hechos en tu historia! ¡Cuántas veces al mirar al presente nos parece estar viviendo una vida de lejanos siglos, de esas épocas que la pedantería de los hombres llama bárbaras o incultas y que, sin embargo, se parecen tanto a la nuestra, como una gota de agua a otra gota de agua!

El anciano Rey sintió que su noble corazón manaba sangre, pero pensó: — infame es la condición que impone Roma, infame y cruel, mas si ella no se cumple, hoy mi pueblo no perderá dos millares de mozos, pero mañana será aniquilado por la fuerza, brutalmente sometido a yugo eterno, vendido como esclavo. Sálvense los más; sacrifíquense los menos.

Sabiamente pensó el Monarca y, disimulando su inmenso dolor, hizo llamar a Espartaco, único hijo varón que había engendrado.

—Príncipe — le dijo, — heredero de este trono, hijo de Panticapea; Roma exige de tu patria dos millares de soldados para engrosar las filas de su ejército y dominar el mundo entero. Sedienta de conquistas, no depondrá las armas hasta que los hados no la sepulten en el más sombrío abismo.

Tú, hijo mío, que tienes todo el vigor que a mí me falta, ve y dile al pueblo lo que yo, sangrando de dolor, no podría decirle; háblale y dile que su Rey, que su padre, nada le exige, nada le pide, ¡pero... está llorando!

—¡Oh, padre y señor! — contestó Espartaco irguiendo su apolíneo cuerpo, — iré a decir al pueblo que si quiere evitar su ruina entregue a Roma los hombres que reclama, descontando uno, el primero o el último, que espontáneamente se entrega. Padre mío, ¡ya tienes un soldado!

El venerable anciano estrechó al mancebo contra su corazón y así le retuvo largo rato...

Marchóse por fin el Príncipe, alta la frente y sin volver los ojos hacia el viejo roble que, sintiendo el peso de los años como jamás lo había sentido, se dejó caer en el sitial del trono y allí quedó, inmóvil, con la mirada persiguiendo al hijo que se iba.

III

¿Qué ley, justicia o razón puede exigir "a los más" que sacrifiquen su vida para que gocen "los menos"?

Desde la primera acción guerrera en que se halló Espartaco, distinguióse por su arrojo y valentía, por su fuerza y agilidad, por su destreza en el manejo de las armas y su astucia sin igual; y, claro

está, que todas esas cualidades, le fueron granjeando tales simpatías y rodeando de tal prestigio entre los soldados, que algún jefe le juzgó peligroso y dispuso enviarle a una escuela de gladiadores que había en Cápua, separándole así del ejército.

Yo no sé si mis lectores recuerdan que la peor lepra de la sociedad romana en tiempos del Imperio, fué el horrible y brutal espectáculo de las luchas de gladiadores.

El patriciado, o sea la aristocracia, síntesis de todos los privilegios, de todos los vicios y de todos los refinamientos, experimentaba un deleite infinito, presenciando aquellos duelos feroces, aquellos combates indescriptibles, en que dos seres humanos, unidos por la común desgracia de ser esclavos, estaban obligados a despedazarse artísticamente para divertir a los señores.

¡Oh, Humanidad; cómo se repiten los mismos hechos en tu historia! ¡Cuántos gladiadores del trabajo rudo, se despedazan también hoy para que los *señores* privilegiados, refinados y viciosos, se diviertan y gocen de la vida!

A tal extremo había llegado en Roma la crueldad para con esos siervos infelices, que no se les concedía el derecho de perdonar la vida al contrincante vencido, ni la libertad de exhalar un grito, un quejido, ni hacer un gesto de dolor, ni experimentar el más ligero estremecimiento al recibir el golpe mortal. No, los gladiadores, al perder la vida, debían saludar al César, diciéndole:

« César, emperador glorioso y fuerte,
¡Oh, príncipe inmortal, príncipe justo!
Los que la muerte esperan te saludan. »

En Cápua había muchas escuelas de semejantes infelices, y adiestrándose en ellas, los esclavos más fuertes reunidos en numerosas bandas.

Como dijimos antes, allí fué enviado Espartaco, el heredero del trono de Panticapea, y aunque no lo dijimos antes, huelga el decir ahora, que nuestro héroe sintió que su espíritu se encendía en el rojo fuego de rebelión.

IV

El que vive sediento de libertad, solo aguarda, para levantarse, una voz redentora que le diga: ¡surge et ambula!

Los compañeros de infortunio del noble Espartaco, eran, en su gran mayoría, seres incultos pero fuertes, valerosos, intrépidos en la lucha, enemigos sordos de los romanos en la paz, y ansiosos de libertad, aunque para obtenerla tuvieran que perder la vida que, al fin y al cabo, no les pertenecía.

Espartaco comprendió que en muy poco tiempo y con muy poco trabajo, el fuego de rebelión que ardía en su espíritu se propagaría a aquellos desgraciados, y, hábilmente, fué preparando el terreno para un vastísimo plan que había concebido.

Su primera empresa consistió en sublevar a los setenta y cuatro camaradas que tenía, forzar la puerta de la escuela, fugarse de Cápua, armarse de palos, hierros y lo que fuere posible, y refugiarse en el Vesubio.

La nueva de este motín cundió rápidamente y las puertas de muchas otras escuelas cayeron, para dar paso a centenares de gladiadores que, cual si se hubieran dado cita, acudían en tropel para ponerse a las órdenes de nuestro héroe, que, en poco tiempo, contó con un ejército entusiasta de no menos de mil quinientos hombres.

Sus correrías periódicas por la Campania le proporcionaban armas y provisiones, y obligaron al Senado de Roma a movilizar una división de tres mil plazas que, bajo las órdenes de Clodio Glaber, marchó precipitadamente hacia el Vesubio.

Espartaco, alma de la revuelta aquella, reunió a sus hombres y les arengó de esta suerte:

—Compañeros: El enemigo de nuestra libertad se acerca. Uníos todos y combatid como si fuérais uno solo. Luchad, sin dar un paso atrás, y los hados nos serán propicios aún cuando Roma envía cien legiones contra nosotros. Sus soldados son mercenarios que combaten por un sueldo miserable; nosotros somos hombres que luchamos por un ideal.

¡Viva la libertad! ¡Viva la justicia!...

Vibrantes de entusiasmo, los rebeldes se aprestaron para la lucha. Quiénes fueron destacados para montar guardia como centinelas de avanzada, quiénes fueron puestos como vigías en lugares es-

tratégicos, quiénes fueron enviados en calidad de espías y aún de propagandistas, a pueblos diversos. Todo lo preparó Espartaco, todo lo organizó con una rapidez y una inteligencia asombrosas. Pensaba en la patria lejana, pensaba en el viejo autor de sus días, pensaba en la libertad, y su energía se multiplicaba hasta lo infinito.

V

Débil soldado es el que su equipo no lleva un gran ideal.

Largas horas, como siempre son las de la espera, trascurrieron sin que las tropas regulares asomaran por el horizonte. La ansiedad era intensa, pero el fulgor del ideal, que siempre se expande en los corazones rebeldes, aseguraba el triunfo a los amotinados.

Al cabo de dos días, un centinela avanzado trajo la noticia de que el enemigo estaba a la vista. En efecto; lentamente y formado en columnas, el ejército de Roma avanzaba, cauteloso.

Clodio Glaber, poseído del desprecio insano que a los privilegiados inspiró siempre la protesta de los humildes, no cuidó mucho de la empresa que se le había encomendado y limitóse a ocupar todas las subidas del Vesubio, pensando que los amotinados se rendirían por hambre.

Sin embargo, no ocurrió así; que éstos, cobijándose en el manto de una obscura noche, cayeron repentinamente sobre los romanos, quienes, llenos de terror, huyeron despavoridos y se dispersaron abandonando a su jefe que hubo de agradecer la salvación al caballo que montaba.

Triunfo semejante proporcionó a Espartaco, nuevos soldados, muchas armas y un prestigio y una popularidad envidiables.

La noticia de lo ocurrido llegó al Tíber sumamente abultada, provocando el natural desconcierto entre los privilegiados y la no menos natural alegría entre los plebeyos y proletarios.

El pretor Publio Varinio, fué encargado de someter a los rebeldes y, al frente de dos legiones, marchó contra ellos. Su sorpresa y la de sus hombres no tuvo límite cuando se hallaron frente a un ejército mejor organizado que el ejército regular. Numerosos fueron los legionarios que con armas y bagajes se pasaron al enemigo; en las primeras escaramuzas, una división entera se desbandó, marchándose a sus respectivas casas los componentes; la indisciplina relajó todos los resortes y llegóse al extremo de que los

soldados se negaron a atacar a los rebeldes, levantándose contra una orden de Varinio.

Cuando éste, por fin, consiguió que algunos centenares de hombres le siguieran, el enemigo había desaparecido, levantando el campamento y dirigiéndose hacia el Sur para caer sobre Vicenza, pasar el Sílaro y hacerse fuerte en la Lucania.

El Pretor, juzgó huída cobarde lo que solamente era astucia de Espartaco; y le persiguió de cerca, y cayó en la emboscada, y sufrió una vergonzosa derrota, y perdió hombres, caballos, insignias, todo menos la libertad.

VI

Muchos brazos, sí; pero obedientes a un solo cerebro organizador.

Los esclavos, los pastores, los proletarios de la Italia del Sur, acudieron en tropel para combatir por el ideal común, a las órdenes del inesperado y prodigioso libertador.

Espartaco reunió y contó a sus compañeros; eran más de cincuenta mil; les organizó militarmente al estilo romano y les hizo jurar que se abstendrían de cometer asesinatos, robos y depredaciones en las comarcas que invadieran.

Las victorias de este extraordinario ejército fueron continuas. Ceneo Léntolo, Lucio Gelo, Quinto Arrio, Cayo Casio, Ceneo Manlio y otros muchos hábiles jefes, malograron su renombre, combatiendo contra la revolución.

Italia entera se había encendido, los explotados se levantaban contra los explotadores como a la voz de un conjuro, y a lo largo del Apenino corría el eco repitiendo: ¡libertad!

La Historia afirma que el Príncipe de Panticapea, además de su genio estratégico, que ya habrá sabido juzgar el lector por lo que antes se ha dicho, poseía un talento organizador tan poco común que desde el principio atrajo la atención de todos. Justo en el gobierno de sus compañeros y en la distribución del botín; bravo hasta la temeridad; modesto sin afectación, le amaban los humildes y le seguían, obedientes, a todas partes. Pero la Envidia, esa víbora ponzoñosa que anida en ciertos corazones innobles y que ha malogrado tantas empresas, derramó su veneno en las huestes rebeldes, dividiéndolas en dos grupos que, si bien no luchaban entre sí, combatiendo separados, debilitaron su potencialidad guerrera.

El celta Crixos fué el primero que promovió tales disenciones, marchándose con varios miles de soldados. Quedaron los más con

Espartaco y le aclamaron llamándole Emperador, pero él, levantando sus hercúleos brazos les impuso silencio y les habló así:

—Compañeros: Jamás, jamás y mil veces jamás, permitiré que llaméis Emperador, ni nada que signifique un grado de superioridad sobre vosotros, sin los que nada hubiera yo podido hacer. Mi libertad la debo a vosotros, recordadlo bien.

Todos somos uno, vosotros y yo; una sola masa, un solo cuerpo, un solo ideal.

Espartaco ya no existe, era el tracio gladiador; Espartaco es hoy la revolución inmensa que hace temblar de horror el orgullo de los privilegiados.

Espartaco es libertad, es redención de los oprimidos, es justicia para los que trabajan y se mueren mientras los señores disfrutan de la vida; Espartaco es un incendio que purificará la Humanidad.

Compañeros: todos seamos uno como es uno nuestro ideal; arriba los corazones y fúndanse en un latido que sea nuestro único Emperador.

Campeones de la justicia, ¡uníos!

Clamor inmenso resonó en los campos, y cual si fuera la palabra de orden, el heroico ejército repitió: ¡uníos!

VII

La ambición personal es cáncer de toda empresa colectiva.

La guerra continuó durante mucho tiempo, con triunfos y derrotas para uno y otro de los contendientes y, sin duda alguna, la victoria final hubiera coronado a Espartaco, si el mal ejemplo dado por el ambicioso Crixos, como ejemplo malo que era, no hubiera sido imitado por diversos caudillejos ensoberbecidos, que poco a poco fueron disgregando las fuerzas de la revolución.

Entretanto, Roma había movilizado un imponente ejército compuesto de ocho legiones a las órdenes del pretor Marco Craso, y nuestro héroe consideró prudente evitar todo encuentro, retrocediendo hacia Regium y Lucania.

Durante aquellos días, los piratas eran dueños de las aguas de Sicilia y del puerto de Siracusa, y con ellos convino Espartaco el transporte de varias divisiones de su ejército hasta la isla en donde, acto continuo, los esclavos se insurreccionarían.

Desgraciadamente, los piratas, comprados por los romanos, hicieron traición a los rebeldes, y, una vez más el talento militar de Espartaco, salvó todos los obstáculos, librando a sus hombres e invadiendo la Lucania.

Un nuevo desmembramiento sufrieron las filas revolucionarias con la separación de numerosos galos y celtas que en ellas combatían y que locamente fueron a hacerse exterminar por el ejército regular.

Los prestigios del gran caudillo se desgajaban uno a uno bajo los hachazos de las envidias y de las ambiciones personales; ante sus ojos veía desmoronarse el hermoso proyecto que concibiera y, en gran parte, ejecutara de la manera más portentosa. Espíritu de acero, soportó fieramente los embates del destino y esperó el golpe final que fué muy recio, por cierto.

Obligado a aceptar batalla en la Apulia, contra un ejército infinitamente superior al suyo, Espartaco quiso mostrar a sus compañeros que, como ellos, se jugaba la vida y, matando a su caballo, arrojóse en el lugar más peligroso y luchó como un león, hasta perder la última sangre de sus venas.

¡Así murió Espartaco, luchando por la *libertad* y la *justicia!*

VIII

La luz de la verdad se está encendiendo e iluminará el mundo.

Una leyenda añeja, que los pastores de la Campania vienen refiriendo, generación tras generación, cuenta que varias veces ha sido vista la sombra de Espartaco, por aquellas regiones. Esa sombra semeja la forma de un gladiador, y blandiendo flamígera espada, desciende del Vesubio, señala con la mano izquierda los cuatro puntos cardinales y luego marcha hacia el Norte, esfumándose en la lejanía.

Agregan los pastores que la aparición coincide siempre con el estallido de algún levantamiento o de alguna guerra civil, y que, sin duda, el espíritu de Espartaco viene al mundo para infundir en los hombres el ansia de libertad.

Yo no sé si creer o no creer en tal Leyenda, yo no sé si alguien habrá podido ver el alma del célebre gladiador, en la forma que los pastores de Campania cuentan, pero de lo que no dudo es que el espíritu de Espartaco hoy camina por el mundo.

El es el que ha hablado a los humildes, diciendo:

« No hemos huído, no estamos derrotados, y si todavía nos cargan de cadenas, sigamos en nuestro puesto, que la victoria será nuestra.

« Espartaco significa fuego y espíritu, alma y corazón, voluntad y acción de la revolución del proletariado.

« Espartaco significa todas las miserias que anhelan felicidad, toda la voluntad de lucha del proletariado consciente.

« Espartaco significa, revolución mundial.

« Aún no ha terminado el « vía crucis » de la clase obrera, pero el día de la redención se aproxima.

« Estamos acostumbrados a ser precipitados desde las cimas hasta los abismos, pero nuestra nave sigue su ruta, segura, recta, orgullosa, hasta la meta.

« Y si nosotros no vivimos cuando la meta sea alcanzada, vivirá nuestro programa y dominará el mundo de la humanidad redimida, ¡a pesar de todo!

« En medio del fragor de la catástrofe económica que se aproxima, hasta las filas del proletariado aún hoy adormecidas, se despertarán como si resonaran las trompetas del juicio final, y los cadáveres de nuestros combatientes asesinados, se levantarán para pedir cuenta a los malditos.

« Hoy puede escucharse el rugir subterráneo del volcán; mañana sobrevendrá la erupción que sepultará todo bajo cenizas ardientes y bajo torrentes de lava » (1).

El espíritu de Espartaco es el que ha infundido energías sobrehumanas en los hijos de la Rusia, haciéndoles gigantes estupendos.

El espíritu de Espartaco es el que hoy grita « sursum corda » a la Humanidad enferma de miseria, encendiendo la luz de la verdad (2).

Horacio H. Dobranich.



(1) Fragmento del último artículo que escribió Carlos Liebknecht.

Alberto Ghiraldo juzga al matador de Dato

EL ATENTADO

(De *Crítica*)

La muerte de Dato es sólo el resultado de una política nefasta.

Esta vez, como en los casos análogos, la ofuscación represiva, a la violencia organizada de las alturas, ha respondido, trágicamente, la violencia desorganizada del llano.

No valen lamentaciones. Optamos nosotros por el análisis y la meditación.

Mateu, uno de los ejecutores de la terrible sentencia popular, ha dicho:

—No hemos muerto a Dato, sino al jefe de un Consejo de Estado que autorizaba las persecuciones a mansalva contra nuestros compañeros. Una autoridad, fuera de toda ley humana y escrita, se ha alzado en Barcelona con el santo y la limosna social, declarándose omnímoda y toda poderosa. Contra ella no hay razón, fuerza ni derecho. ¿Qué hacer frente al poder avasallador y tiránico, que conculca libertades y destruye vidas?

Y es ante esta reflexión que surge, en el pensamiento del rebelde, la idea roja del atentado. En la noche triste, cuando la ciudad fabril duerme, aunque inquieta siempre, él vela y piensa que un solo golpe dado en las cabezas de los que oprimen, hará caer a todos en la verdad de la injusticia. Aparecerá el vengador.

En su mano no palpitará la bomba que hará estremecer las calles y las plazas donde estalla incendiando el aire, el cañón firme de la pistola moderna brillará un instante sembrando la muerte; el escape de gases furiosos de la moto rauda, amortiguará el estampido de las cápsulas y las ruedas, ágiles, de la infernal maquinilla, llevarán, en sus giros vertiginosos, hacia los barrios escéntricos del Madrid cortesano, a los audaces y tremendos encarnadores de la nueva justicia. He ahí todo. Un paseo febril, por las calles más centrales de la urbe, coronado por el episodio sangriento. Después...

Al saberse que el jefe del gabinete español asesinado acababa de ser substituído en su puesto oficial, uno de los carceleros o custodios de Mateu, le habló reflexivamente. Ya ve usted, le dijo, cuán inútil ha sido su acción. Cae uno y otro lo reemplaza.

Y Mateu, con la seguridad impávida de los iluminados, contestó:

—Exacto. Mañana caeré yo. Pero a mí también me reemplazarán...

Alberto Ghiraldo.

Madrid, marzo 16 de 1921.

Labor suprema lex

Nada mejor que el tiempo, la peregrinación de los años para desmonetizar las cosas, asignarle el justo valor que tengan. Bajo su influencia, nada se resiste: si es oro, y de buena ley, ha de seguir resplandeciendo, pero si es pura chafalonía dorada, perderá sus matices, mentiras exterioridades que no tienen mérito.

El tiempo, también, demuestra la realidad de los ensueños, y como en las cosas todas, marca en ellos la posibilidad efectiva que encarnan. Con los ideales, acontece lo mismo: algunos no resisten al corrosivo y desaparecen, esfumándose en la nada; otros, la práctica les dá sanción de vida y prevalecen, cumpliendo sus destinos.

Los transformadores sociales no han escapado a esta regla, que parece legislarla los acontecimientos futuros. Ellos han sido, sucesivamente, modestos esperanzados en el devenir imprevisto de una ciudad del Sol, para ser luego obreros constituidores de la misma, a fuerza de piqueta. Pudiera decirse que, como material en crisol, la tarea gestadora del mañana ha registrado fases distintas, y por cierto bien opuestas: la que podría llamarse lírica, soñadora, adormecida en la esfera de un despertar en plena tierra de Canaán; la otra, de valor real, experimentado, que crea la humanidad futura, trabaja y levanta el edificio fraterno.

Nos cuesta, a la verdad, creer ahora en la existencia de aquellos visionarios, sublimes ilusos, sostenedores inconscientes de las máximas cristianas, porque entre el olvido a los bienes de la tierra para esperar los del cielo y el dejar hacer a los malvados hasta que se extenúen, no hay disparidad ninguna. A más, si una sociedad envilecida debe transformarse en otra que sea toda paz, toda armonía, necesita cambiar sus elementos constituvos y no será obra de hacerla en un día. Habrá que abolir uno por uno los institucionismos que nos rigen, destrozar eslabón por eslabón esa cadena que nos aprisiona. Será menester una humanidad renovada, con otros sentimientos en el corazón y otras energías en el cerebro, lo que sólo podrá efectuarse tras una continuada labor, heróica y grande labor, ya comenzada en todo el universo.

El tiempo, pues, ha desmonetizado las viejas ilusiones de los rebeldes, emplazándolos a una acción positiva. Desmoronadas sus fantasías, ellas no han podido subsistir y han desaparecido, de la misma manera que el mesianismo esperado por los adeptos del dios hebreo.

Y nunca jamás obra mejor. Porque en ella no cabe el escepticismo. Así, y sólo así, desde hoy en adelante, pese a los años que transcurran, esta vieja amalgama de miserias que cimenta la vida

contemporánea verá languidecer sus fuerzas, y falto de apoyo, el armazón social tendrá que derrumbarse.

Y será un hecho la Ciudad del Sol esperada, pero lo será porque los transformadores sociales abandonan sus líricos entusiasmos, sancionando la efectividad de su sueño en el terreno de la brega, laborando para romper el mecanismo que esclaviza, desbaratar lo que amordaza. Se habrá comprendido la suprema ley de la vida, y entonces vendrá hacia nosotros en tiempo no lejano, la armonía social de que nos encontramos desposeídos.

Francisco Sarache.

PERIODISMO

CUASIMODO. — *Revista quincenal que acaba de aparecer bajo la competente dirección de Julio R. Barcos y Nemesio Canales.* — Buenos Aires.

Es revolucionaria, antiparlamentaria ,en contra de todo estrechismo ideológico, y viene a humanizar los principios filosóficos de la Revolución Social.

Humanizar entiende universalizar, generalizar, desbordar.

Es una labor digna de los compañeros que la dirigen pero que se estrella en contra del encanallamiento y del idiotismo de los pseudos revolucionarios.

Y ello se perfila con la declaración que el propio Barcos está obligado hacer en el segundo número, declaración que hubiéramos subscripto nosotros también si nos habríamos acercado a Barcos; la hubiéramos subscripto porque ello encierra una clara visión de la realidad del presente, y porque así decíamos... así decimos... así diremos...: *«No nos sentimos vinculados ni por afinidades de cultura mental, ni por simpatía de ninguna clase a tales elementos cuya labor de propaganda consideramos francamente perjudicial, reaccionaria y disolvente dentro del Campo Revolucionario».*

Nuestros votos solidarios de larga siembra de ideas y de sentimientos.

S. L.

Las dos tendencias

El mundo se transforma. Negar esta transformación sería una insensatez, pero, triste resulta confesarlo, nos es forzoso considerar que esta evolución se verifica lenta, muy lenta, casi insensiblemente.

¿Por qué? Porqué los individuos — y los pueblos no son más que un núcleo más o menos considerable de individuos — tienen un horror estupendo a lo desconocido. En menos palabras: porque los hombres—y conste que me refiero a la generalidad—son misoneístas por naturaleza; esto es: enemigos de lo nuevo. La rutina nos tiene legado a su torpe carro, y, pese a nuestros esfuerzos, nos es punto menos que imposible desatar las odiosas ligaduras que nos oprimen.

Los muertos ejercen una extraña tiranía sobre los vivos. Con la sangre de nuestros padres, hubimos de heredar el espanto por lo inusitado. Sin que casi podamos apercibirnos de ello, a medida que crecemos, vamos perdiendo la facilidad, la fuerza más bien, que nos consiente adaptarnos a una vida nueva, distinta en un todo del vivir rutinario de nuestros ascendientes. Lo nuevo, al poner en movimiento células que yacían inactivas en nuestro cerebro, nos acarrea una manifiesta, una intensa ternura intelectual. Cuanto mayor número de prejuicios seculares conserva un pueblo tanto más refractario será al progreso. Hojeando la historia, fijándoos en el desarrollo moral y material de los distintos países, llegaréis a la conclusión anotada.

La tendencia a la quietud, a la inmovilidad, se manifiesta en todo: en la política como en la religión; en las ciencias como en las artes.

Las regiones conservan ritos antiquísimos, las supersticiones subsisten aún. Cuando nos ocupamos de lo pasado no podemos por menos de hacerlo con respeto, casi con veneración. Lo pretérito se nos antoja, por lo común, preferible a lo presente, lo presente a lo porvenir.

El número de los nacidos con tendencias innovadoras es reducidísimo. Y muchos de los que poseemos estas tendencias las hemos adquirido por contagio. El aldeano es más conservador que el habitante de las ciudades sencillamente porque es más ignorante. El milagro nació soneismo ingénito del hombre y el atraso en una época bárbara. Unicamente el mi-intelectual en que vivimos, pueden justificar hasta cierto punto que en pleno siglo XX sigamos creyendo en semejantes majaderías.

Felizmente, parida por los genios, de los demiurgos, nació una tendencia antagónica en todo al misoneísmo. Es una tendencia de amor a lo nuevo: el filoneísmo. Ella ha producido todos los cambios sociales operados hasta la fecha. Y así se explica que los precursores, los videntes de todas las épocas merecieran la lapidación de las multitudes, deslumbradas, escandalizadas, espantadas más bien, a la sola enunciación de las nuevas doctrinas.

Doctrinas que pueden considerarse madres de las evoluciones. Y conviene antes de seguir adelante, establecer una diferencia fundamental entre revolución y sedición. La revolución es un movimiento fríamente concebido y puesto en práctica, que nace engendrado por el pensamiento práctico y fecundo.

Poner en duda esto equivale a negar el calor solar, el movimiento de la tierra, la armonía interplanetaria...

Revolucionar un país es acelerar su transformación social. La revolución tiende al acercamiento del progreso; la algarada, la sedición, por el contrario lo retarda.

La Revolución Francesa — que no fué sin embargo una revolución propiamente dicha, vale decir: un movimiento serenamente pensado, organizado y dirigido —dió a la Francia un sistema de gobierno más liberal que el imperio; las combustiones internas del Uruguay mantienen a este país ubérrimo en el más precario de los estados.

Nosotros, filoneístas en sumo grado, somos los llamados a alterar el orden de cosas establecidas. A ese fin deben conducir nuestros esfuerzos.

Disponemos para ello de dos poderosos medios: la propaganda y el ejemplo.

Este último es más importante de lo que a primera vista parece. Lo que hoy choca, en fuerza de repetido, hácese para los que lo ven, natural y corriente.

«¡Contra la rutina!», tal puede ser el grito de guerra de la nueva cruzada.

Vicente A. Salaverri.



Crónica Europea

Para VÍA LIBRE.

La vigilancia que se ejerce en todos sentidos en las naciones europeas, incluso en las que conquistaron fama de liberales o respetuosas con las ideas por atrevidas que fueran; las amenazas constantes que sobre los conocidos por ideales libres pesan, oblíganos a tomar precauciones y esto explicará el porqué en VÍA LIBRE aparece desde este número una firma desconocida casi completamente por compañeros y enemigos.

La situación europea continúa obscura, tan obscura que parece un milagro. Los sin trabajo aumentan de día en día alcanzando en parte al que esto firma. Antes de la guerra unas semanas de paro suponía un retraso de 40 ó 50 francos, hoy este retraso se hace en tres o cuatro días. Y es el caso, ni solución ni vía de mejora se distingue. Claro que tiene camino de salida; pero no está al alcance de los gobiernos ni parece que le vislumbran los obreros. Y es más, que los embustes gubernamentales durante la guerra, que quedan tan al descubierto, parece que sus víctimas no los ven.

La obsesión de los gobiernos ahora son los comunistas, esto es, los comunistas de la Tercera Internacional; o sea, los socialistas parlamentarios más avanzados, que sin abandonar la comedia política, dan preferencia a la revolución vidente de las masas y fín en la dictadura obrera, el apretar el tornillo al cuello del régimen burgués.

Nosotros no somos por ningún régimen dictatorial; pero tanto odiamos a la dictadura burguesa, que por su desaparición la dictadura obrera, si ella lo consiguiera, nos parecería un mal muy pequeño.

Agustín Hamon, ha declarado recientemente que los anarquistas se contradicen al ingresar en la Tercera Internacional. Entre otras cosas, dice Hamón: « El anarquista es siempre un federalista opuesto a toda centralización y no puede afiliarse a un partido cuya característica esencial es la centralización. Ni «dios» ni «amo» es la divisa del anarquista».

«¿Es, pues, posible, que un anarquista que quiera poner de acuerdo sus actos con sus palabras adherirse a la Internacional de Moscú?»

«Esta Internacional no es una Federación de naciones nacionales, autónomas. Por su constitución misma, es una agrupación centralizada de naciones que reciben órdenes, instrucciones generales de dirección, que emanan de un centro director. Cada sección debe obedecerlas y por consiguiente cada afiliado debe ejecutar las órdenes recibidas». «Es una organización, un estado mayor, que preparan, que dictan y transmiten las órdenes que las tropas han de cumplir».

«Pero es un hecho cierto que esta organización centralizada, autocrática, es completamente opuesta a la doctrina anarquista-comunista. Uno de sus padres, Kropokine, en una carta a su amigo Brandés, ha hecho notar con exactitud que el bolshevikismo era lo contrario del anarquismo y que no podía adherirse a él».

En mi pobre opinión ésto no puede llamarse la dictadura obrera. Es, en efecto, una dictadura, pero sin otra diferencia que los resultados que el dictador quiere hacerle dar. El mismo dictador puede darla resultados diferentes. La dictadura obrera debe ser la que emana de la voluntad obrera. El dictador debe ser un *maniquí* «ejecutador de esa voluntad».

Este es, al menos, el verdadero sentido filosófico de la dictadura obrera.

Y Hamón está en un error cuando la juzga de otra manera.

La Revolución Rusa es la única en la historia que marcha por la dictadura a la libertad.

◆ ◆ ◆

Por todas partes ven complots bolsevistas, sindicalistas o comunistas.

En Francia con los complots contra la seguridad del Estado; en España, ni el fósil sociólogo a la vez ni sus acólitos los generales gobernadores han sabido dar a sus atentados un nombre. La guerra aquí es contra la Confederación Nacional del Trabajo, que deja mucho que desear, pero que no por ello la dejaremos abandonada. A los miembros de los comités se les fusila en la calle, en el café, al salir de casa, allí donde se puede. A los miembros se les mata en conducciones por las carreteras. Toda su prensa suprimida y es más, que hasta los periódicos que se decían anarquistas, por haber sido alguno de sus miembros censurado por los sindicalistas, parece se alegraban de estas persecuciones y se hacían por su silencio de los atropellos gubernamentales cómplices, y no obstante nada les ha valido, suprimida la prensa sindicalista que era de más peligro al régimen por el momento, se ha hecho lo propio con la anarquista, o que así se llamaba.

Esta es la lección que nos dice lo que harán si vencen a los rusos, que acaso antes que esto se publique se verán en otra guerra con cualquier pretexto. En las conferencias de París y actualmente de Londres, los delegados de las naciones aliadas se semejan a los bandoleros que discuten el reparto del robo.

En París, se acordó exigir una morralada de millones y en Londres determinarán la cantidad que se llevará cada parte.

Para eso los aliados han enviado comisiones a enterarse de cuánto podrían sacar y estas comisiones cuestan un poco caras a los vencidos. Los austriacos que se mueren de hambre, tienen que pagar trescientas coronas por cabeza para esas comisiones.

Por el momento parece duermen las reivindicaciones obreras, es la hora de los explotadores que de acuerdo con sus servidores los

gobiernos hacen una ofensiva general para aumentar las horas y disminuir los salarios. El capitalismo ha progresado de una manera sorprendente desde 1914, mientras los gobiernos aumentan sus débitos. Según una reciente estadística sólo la Argentina, no se ha empeñado, los demás gobiernos van en aumento.

Hela aquí cómo aparece en el número segundo de «La Bataille» de la derecha confederal francesa:

En millones de dólares	Año 1913	Año 1920
Argentina	732.398	531.000
Australia	80.753	1.950.000
Austria	2.152.490	16.807.000
Bélgica	825.269	2.750.000
Brasil	663.669	1.223.000
Canadá	544.391	2.276.000
China	969.189	1.534.575
Checoeslovaquia	—	7.000.000
Egipto	459.153	460.338
Finlandia	33.706	35.700
Francia	6.346.129	46.025.000
Colonias francesas	210.667	579.711
Alemania	1.194.052	57.200.000
Grecia	206.640	469.367
Hungría	1.731.350	11.403.000
India Inglesa	1.475.272	2.310.000
Italia	2.921.153	18.330.000
Japón	1.241.997	1.300.000
Méjico	226.404	500.000
Holanda	461.649	1.072.000
Polonia	—	9.500.000
Portugal	947.603	1.289.648
Rumania	316.693	4.100.000
España	1.314.270	2.374.000
Suecia	161.390	340.000
Suiza	23.614	350.000
Turquía	675.654	2.300.000
Inglaterra	3.485.818	37.910.000
Estados Unidos	1.628.564	24.062.510

Demás estará repetir que ésta es en millares de dólares, porque la estadística es de origen americano, de la revista «The América».

Esto prueba que los cacúmenes estadistas no pasan de la categoría zulesca. Mientras cada día hay mayor número de millonarios y de ricos más ricos, los gobiernos se llenan de obligaciones, de débitos. Están en bancarrota intelectual y económica.

Todo lo fían a la fuerza, pero esta fuerza tiene necesidades y se verá a ese paso en la necesidad de abandonar a sus malos patronos. Se han visto huelgas más o menos importantes de las fuer-

zas represivas y serviles que hace veinte años hubiera parecido un sueño pensar se realizarían. Aun que aparece un poco calma por el momento, cuando menos podía esperarse, y más razón existe de revoltarse, no obstante los movimientos adquieren más extensión de día a día.

Que las represiones se hagan como en España, por atentados que si el gobierno no los organiza es seguro que los paga. El ex gobernador de Barcelona, señor Amado, ha declarado que los atentados de Barcelona, siendo él gobernador, los organizó la Federación Patronal.

En Francia se hace con otros pretextos, por ejemplo, que se recibe dinero de los enemigos, aunque no está oficialmente en guerra.

La Tercera Internacional entregó a Frantiszek Zalewski 185.000 francos para crear en los países de la Europa Occidental el órgano de la Tercera Internacional y cometió el error de asistir al Congreso socialista de Tours y acudir a sitios que la policía vigila.

Zalewski reivindica para él toda la responsabilidad y el derecho de propagar sus ideas en todos los países. Pero no contaba que Millerand era presidente de la República, y Briand el timonero gubernamental. Y vean ustedes, ya está el proyecto de que cada extranjero pague un impuesto de 20 francos por año y que no puedan dirigir ningún periódico, salvo que obtengan un «permiso especial».

¡Oh, república, si te vieran los que te crearon! Cómo se avergonzarían de haber derramado sangre tan inútil.

En Inglaterra se emplean otros procedimientos. El gobierno del pilluelo, ha metido agentes por todo y es facilísimo cazar. O bien envía policías detectives a los mitins, que fingiéndose entusiastas del orador pronuncian frases que cargan al orador y que son delito desde algún tiempo a esta parte. Así el coronel Malone hace seis meses que está en la cárcel, porque cuando pronunciaba un discurso y presentaba la obra de Lloyd George esos detectives gritaron: ¡que lo maten! Pero me doy cuenta que por la primera vez soy pesado.

En el hospital de Saint Antoine, de París, ha muerto el último miembro del Gobierno de la Comuna, Eugéne Protot, delegado a la justicia.

Protot era abogado, pero ha vivido pobre. Nació en 1839 en Tonnerre y en 1866, tomó parte en el Congreso de Ginebra de la Primera Internacional.

Sobre la muerte de Kropotkine no me parece que debo ocuparme, pues no faltará quien lo haga.

Cero.

París, febrero de 1921.

Manifiesto que a los escritores, artistas y estudiantes de la América Latina, dirigen Henry Barbusse y Anatole France, por intermedio de la Federación Universitaria Argentina

Con fervorosa esperanza nos dirigimos a la magnífica falanje de escritores, artistas y estudiantes que anhelan renovar los valores morales, sociológicos y estéticos de los jóvenes pueblos de la América Latina. Al mismo tiempo que les enviamos nuestro saludo fraternal, como trabajadores del pensamiento, queremos expresarles lo que de ellos esperamos, para servir mejor, conjuntamente, a la obra enaltecedora, de estimular una revolución en los espíritus, conforme a los ideales que ya alborean en la nueva conciencia de la humanidad.

El cataclismo colosal que acaba de asolar el viejo continente desbordando sobre el mundo entero las desgracias que son sus consecuencias lentas y crónicas, ha provocado la meditación de muchos hombres sobre la tragedia de la vida social. En presencia de tanta masacres y ruinas, los que se consagran a las obras de la imaginación y del razonamiento han comprendido que es necesario mezclar a sus ocupaciones intelectuales el anhelo de ser útiles a la humanidad, vibrando al unísono de sus más legítimas aspiraciones de justicia y cooperando en todos los esfuerzos colectivos que expresan una saludable voluntad de renovación.

La realidad obliga a repudiar los viejos principios que han conducido a las sociedades al borde de los más terribles abismos, creando una situación que parece sin salida: todo lleva a creer que eran injustas y artificiosas las verdades intelectuales y morales afirmadas para justificar las instituciones que servían la ley de los más violentos, permitiendo que algunos hombres ociosos explotaran masas considerables de sus semejantes y que ciertos países oprimieran a otros con escarnio de sus derechos autonómicos. Este desequilibrio social que gobernantes sin escrúpulos pretenden llamar orden, es en realidad caótico desorden, en que el trabajo del brazo y del cerebro es objeto de explotación abusiva por parte de explotadores indignos. Esa fórmula es monstruosa en sí misma. En el engranaje social contemporáneo, el dinero que debiera representar al trabajo, se ha convertido en una potencia mágica y decoradora, que vive de vida propia, conduce y tuerce el Estado, se infla a expensas de todos y contra todos prospera. Nuestra época es, en la acepción más completa de la palabra, una época de parasitismo económico. El bienestar de los individuos y la vida de los pueblos está a merced de ese régimen monstruoso; todas las miserias, todos los sufrimientos, todos los despojos, todas las guerras, tienen sus raíces en las voracidades que se derivan de la injusticia económica.

No debemos contentarnos con reconocer la iniquidad de ese estado de cosas; nuestro deber de intelectuales y de artistas es hacerlo

comprender a todos. También en esos dominios hay que amar la verdad y mostrarla sinceramente; los que con su ignorancia o su indiferencia permiten la fructificación del mal, deben comprender que su pasividad es tan nefasta como la culpa misma. No basta afirmar que el remedio a los sufrimientos voluntarios de los hombres está en el advenimiento de un orden social en que reinará universalmente la cooperación y la justicia; conviene hacer compartir esa creencia a los demás, porque es preciosa y bienhechora. Las ideas son los resortes invisibles de los actos humanos; enseñando a pensar bien preparamos la acción rectilínea.

Para esta obra de renovación intelectual y moral invitamos a los hombres habituados a trabajar en los dominios más nobles de la actividad consciente y reflexiva. Hemos fundado el Grupo ¡Claridad! con el objeto de difundir como una religión experimental, el amor por las doctrinas que pongan al desnudo los males pasados y que muestren cuáles son los principios de justicia, de verdad y de belleza, que nos alienta a buscarles remedio.

Nuestro movimiento no tiene las limitaciones que traba a los partidos políticos, a las academias preceptistas, a las capillas artísticas. Toda inquietud de renovación y toda esperanza de justicia convergen a nuestra obra Por eso hemos hallado eco simpático en todas partes del mundo; se han manifestado buenas voluntades doquiera, llenas de fe en nuestro esfuerzo.

Anhelamos tener en la América Latina un magnífico haz de amigos actuantes, que sean dignos de ella y de nuestro gran objetivo. Estamos seguros de que este llamado será oído por una minoría selecta y clarividente, por lo mejor de la juventud que estudia y sueña, por todos los intelectuales y artistas que confían en la posibilidad de mejorar la sociedad humana, sin olvidar que esa obra reclama mucha energía y voluntad, fuerte adhesión y disciplina.

Los que nos honran atribuyendo algún valor y alguna eficacia a nuestros trabajos, pónganse resueltamente en contacto con nosotros, envíennos sus nombres y adhesiones. Necesitamos conocernos y contarnos para orientar nuestra acción.

En todas las ciudades de esa América conviene crear secciones locales, confederadas en el orden nacional, continental e internacional, para que la inspiración y la solidaridad recíprocas multipliquen los resultados de cada una y hagan converger todos los esfuerzos hacia los ideales comunes.

La experiencia del Grupo ¡Claridad! en el viejo continente, desde hace un año nos ha permitido llegar a constituir un organismo prestigioso y práctico mediante revisiones y perfeccionamientos sucesivos; ellos nos induce a ofrecer nuestra cooperación para sembrar en vuestra América el nuevo espíritu que está renovando a la humanidad y para buscar los medios de difundirlo entre los hombres capaces de poner su inteligencia al servicio de ideales desinteresados.

¡Libres camaradas americanos: venid!

El Comité pro-diario "El Trabajo"

A LOS COMPAÑEROS

Conceptuamos de suma importancia participar a esa organización, que el domingo 20 del corriente mes y año, reunióse en el local de la Federación de Obreros en Construcciones Navales, Necochea 1328, un núcleo de compañeros militantes activos en el campo de las ideas y en la organización obrera, con objeto de darle cuerpo y forma práctica a la iniciativa de fundar un órgano periodístico que condensara en sus columnas las aspiraciones unificadoras manifestadas con entusiasmo por el proletariado de la región, en estos mismos instantes.

De esa reunión surgió un comité provisorio encargado de los trabajos preliminares para la materialización de la obra que se proponen realizar.

Dicho comité quedó integrado en la siguiente forma: Compañeros: H. Rosales, secretario; E. García Thomas, tesorero; vocales: A. Gonçalves, E. Berón, J. Rotger, S. Ferrer, Paulotti.

Suponemos que para los camaradas de esa organización, los nombres que integran este Comité ha de ser garantía suficiente de seriedad, sensatez y responsabilidad de la iniciativa que exponemos a vuestra consideración.

Por otra parte y para mejor ilustración de lo que nos proponemos hacer, damos a continuación, los fundamentos y propósitos aprobados por la Agrupación en pleno del diario para la unificación «El Trabajo».

PROPOSITOS

Teniéndose en cuenta la necesidad imperiosa de la aparición inmediata de un órgano periodístico que apartado de camarillas, grupo o individuo, defienda los intereses de los trabajadores, y sea paladín y sea heraldo de los anhelos del pueblo, y teniéndose además la decisión firme e inquebrantable de que el futuro vocero proletario tenga como misión especialísima, la de prestigiar la unidad de los trabajadores en la Argentina.

De estas someras premisas llegamos a las siguientes conclusiones:

1.° El diario «El Trabajo» será un defensor incondicional y valiente de la unidad proletaria.

2.° La unidad de los trabajadores será prestigiada sobre bases revolucionarias, anti-estatales y apolíticas.

3.° Prestigiará el criterio de que tanto los sindicatos adheridos a la F. O. R. A. Comunista, a la llamada del décimo y los autónomos, deben acatar la soberanía del Congreso de Unidad, siempre que sus acuerdos no destruyan lo sostenido en el artículo segundo.

4.° El diario prestigiará la revolución rusa, defendiéndola de

los ataques y calumnias burguesas, reformistas y las de ciertos doctrinarios pasionistas.

5.º Desde sus columnas el diario hará escuela de sindicalismo, entendiendo que en el país está detractado por unos y hecho una amalgama informe por otros.

6.ª El diario no admitirá en sus columnas, bajo ningún concepto, polémicas personales, chismes, ni nada que menoscabe los altos intereses proletarios.

7.º Aconsejará a los sindicatos la adopción, en sus luchas y hasta en su funcionamiento administrativo, los métodos y medios más modernos y progresistas.

8.ª Combatirá despiadadamente la falta de disciplina y cohesión en las batallas del proletariado.

RESUMEN

«El Trabajo» será una hoja que hará honor al proletariado; seria, valiente, interesante, concreta y nítida; nacida al calor de un puñado de hombres que aspiran a formar una muralla de conciencias.

(Firmas): Por el Comité: *H. Rosales, T. García Thomas, Antonio A. Gonçalves, Sebastián Ferrer, J. Rotgert, E. Beron, Paulotti.*